

EL DIÁLOGO (EN CLAVE METALÓGICA)

Por Mauricio Velez Upegui

El autor propone recrear las desviaciones y rupturas asociadas a la práctica y al concepto de diálogo. El diálogo socrático fue entendido como el juego dialéctico en que la confrontación verbal, tal como lo describe el autor, era un travestismo discursivo. El diálogo moderno es una instancia de razones subjetivas que presupone cierta competencia dialógica. Sin embargo, ¿qué destino tendría un diálogo si no es más que la yuxtaposición de monólogos ?

Palabras claves : diálogo, dialógico, dilógica, subjetividad.

L'auteur recrée les variations et les ruptures conceptuelles issues de la pratique du dialogue. Alors que le dialogue socratique était conçu comme un jeu dialectique, qui selon l'auteur, relevait du travestissement discursif, le dialogue moderne devint l'instance de raisons subjectives, ce qui présuppose une certaine compétence dialogique. Mais, qu'advient-il du dialogue réduit à la juxtaposition de monologues ?

Mots-clés : dialogue, dialogique, dilogique, subjectivité.

The author recreates the variations and conceptual changes associated with dialogue as an historical practice. Whereas the socratic dialogue was conceived as a dialectical game which according to the author, was much of a discursal transvestism, the modern dialogue became the actualization of subjective reasons, presupposing, then, a dialogical competence. But, what would be of the dialogue, if it were solely the juxtaposition of monologues ?

Key words : dialogue, dialogical, dilogic, subjectivity.



"Y nada de una conversación, sino de una conspiración, un arrebató de amor o de odio. En la simpatía no hay ningún juicio, lo único que hay son conveniencias entre cuerpos de cualquier naturaleza".

Deleuze

Examinemos la naturaleza propia del diálogo, a sabiendas de que él es un *complexus* de ritos, señas, cubrimientos e imágenes que surgen con ocasión del en-frentamiento *especulativo* de dos cuerpos en un tiempo-espacio determinado. Una forma de hacerlo sería repasando la etimología del término. Sólo que esta forma entraña un riesgo, ya denunciado por algunos autores: el riesgo que consiste en subordinar una explicación racional a un reconocimiento de origen. Si se lo subestima, bastaría con analizar el *etymon* de la palabra diálogo para creer que ya se está en posesión de las implicaciones cognitivas que el concepto arrastra consigo (para creer, pues, que a lo largo de la historia las palabras son unidades invariables porque los conceptos son igualmente construcciones mentales que no varían). No negamos que la búsqueda etimológica pueda deparar sorpresas meditativas e incluso que, en el tratamiento de algunos problemas, sea un instrumento insoslayable de trabajo. De lo que dudamos es de su manipulación acrítica. Y un uso acrítico es un uso abo-

cado a la obsesión irreflexiva. Por eso, Bloch, a este respecto, afirma:

"la tendencia a explicar lo más próximo por lo más lejano...he aquí una de las grandes obsesiones de occidente...En el vocabulario corriente los orígenes son un comienzo que explica. Peor aún: que basta para explicar".

Como concreción de un prejuicio, la obsesión de los orígenes (por los orígenes) se ciega al distinguo de un hecho: al hecho de que los puntos iniciales de algo, cualesquiera que sean, son definitivamente irrecuperables. En relación con ellos, todo lo más que cabe hacer es intentar recrearlos (al tenor compartido de una razón instintiva y reflexiva). Y recrearlos no para esgrimir tan sólo el conjunto de las partículas lingüísticas que están en la base de la composición lexical de una palabra, sino sobre todo para inventar el ruidoso estertor de las fuerzas que pudieron acompañar el momento de su emergencia y estabilización relativa. Recrearlos, entonces, no para desentrañar continuidades y semejanzas respecto de otros hechos concomitantes, cuanto para proponer desviaciones, rupturas, luchas asociadas a los mismos. Recrearlos, en últimas, no para

"creer que detrás de las cosas existe una esencia, algo ya dado, el le-

vantamiento de todas las máscaras para desvelar finalmente una identidad...un comienzo absoluto, un *in hilo tempore* en que las cosas eran perfectas"²,



GRAFÍA I. Serie "Grafía"
(1998. Terracota. 12 x 12 x 34 cm.).
Marta Elena Arango. P.

sino para modelarlos al contacto de un *sentido histórico* que, en lugar de la mera evocación, la tradición y la certidumbre, apela a la descripción, a una nueva construcción y a lo incierto.

De ello se sigue que una recreación

genealógica no debe ignorar el cimiento histórico sobre el cual se mueve el objeto considerado. Tomar en cuenta dicho cimiento, en tanto dominio de saber cuyo enmallado discursivo pretende concitar diversos recintos del pasado para hacer resurgir los acontecimientos que ameritan ser dotados de un sentido particular, equivale a oponerse a la ilusoria creencia de los principios absolutos o de las verdades eternas dadas de una vez para siempre. Más que una piadosa y venerable actitud de descendiente, la genealogía reclama el análisis desapasionado (incluso el análisis histórico que acude a la etimología crítica). Y el diálogo no es una excepción.

Al respecto, dos cosas importa acotar. Primera. La palabra diálogo, en el mundo griego de la antigüedad, está en la base de la configuración de un género, el género del *diálogo socrático*. En su aparición inicial, y aun después, durante la fase escrita de su desarrollo, hace las veces de recuerdos:

"se trataba de los recuerdos de aquellas conversaciones reales con Sócrates, los apuntes de las pláticas recordadas enmarcadas en un breve relato. Pero muy pronto la actitud libre y creativa hacia el material salva el género de las limitaciones históricas y memorísticas conservando en él tan sólo el mismo méto-



Mauricio Vélez Upegui

do socrático del descubrimiento dialógico de la verdad y la forma externa de un diálogo escrito enmarcado en un relato”³.

En cuanto diálogo sobre un tópico convenido (ora por el albur de las circunstancias, ora por acuerdo entre los circunstancias), fundamenta la *dispositio* de sus mudables contenidos en la figura espiritual del cotejo dialéctico; fundamento que lleva consigo el propósito de aniquilar cualquier asomo de discurso dogmático, y de fortalecer el advenimiento del relativismo ideológico (del discurso refractario a la creencia de posesión de la verdad por parte de un solo individuo). Y para ello no puede menos de avanzar conforme a una lógica argumentativa en virtud de la cual el tema discutido se cimienta en sucesivas subdivisiones binarias.⁴

A su vez, esta lógica dinamiza todavía más dicha construcción paradigmática, puesto que los hablantes que participan quedan entrapados en dos artificios retóricos utilizados por Sócrates para marcar la instancia de la interlocución: en la *sincrisis* o “confrontación de diversos puntos de vista sobre un objeto determinado”, y en la *anácrisis* o “modos de provocar el discurso del interlocutor, de hacerlo expresar su opinión manifestándola plenamente”⁵. A pesar del efecto suplementario que surte el uso

de tales procedimientos (efecto que tolera ser descrito como de *travestismo discursivo*, pues del sujeto real no aparece otra cosa que la máscara de su voz), los hablantes se ven espoleados por cierto furor argumentativo, por la obsesión de cierta *ratio cognoscendi*; furor y obsesión, sin embargo, que en muchas ocasiones son moderados por Sócrates merced a la modelización de una palabra enunciativa que se sostiene en tres clases de argumentos:

“el primero de ellos es el *entréptico* cuyo objeto es el de avergonzar al interlocutor una vez se le demuestre lo absurdo de su teoría. Conseguido lo anterior, pasa Sócrates a hacer uso del *argumento coercitivo* con la finalidad de confinar al adversario, reducirlo, atacando para ello los puntos esenciales de la doctrina sostenida por él. Finalmente se utiliza el *argumento susceptible de terminar la persuasión*”⁶.

Ironía justificable, ya que Sócrates, impaciente ante la actitud de sus interlocutores que se niegan a pensar los supuestos, las categorías y las preconcepciones con que *dicen estar pensando*, se esfuerza por provocar en ellos la manifestación de una conciencia crítica que seas capaz de volver, en principio, sobre los elementos mismos que sirven para pensar y, luego, sobre las

implicaciones de las conclusiones a las que se llega en virtud de tal procedimiento; e ironía última, ya que, de conformidad con los caminos dialógicos de la búsqueda de la verdad, lo que está en juego es la puesta en escena de una evidencia teórica: la evidencia de lo enfermizo (*nosodés*) de la opinión corriente - de la *doxa* -, y la salud (*igienós*) de la paradoja.⁷

En contraste con el diálogo socrático (o, mejor, con el juego dialéctico en el que la confrontación verbal - o *maqué* - desemboca en la constitución de un campo de *asentimientos dirigidos*, pues los interlocutores de Sócrates a menudo terminan siendo dóciles confirmadores de los argumentos que éste les propone de manera plástica), el *diálogo moderno* comporta otros rasgos característicos.

De entrada, él no hace las veces de género textual y menos de documento testimonial de una existencia humana. Como quiera que para el momento en que empieza a vivirse una nueva mentalidad histórica (la del mundo moderno que se anuncia con el surgimiento del Renacimiento), la cultura escrita ya se ha impuesto - en desmedro de la cultura oral -, todo intento por remozar los predicamentos de un sujeto desaparecido, bajo la forma de una memoria conversacional, sale sobrando. Cierto

que los nuevos autores, desembarazados de la idea de la verdad revelada, van a apelar en ocasiones a la figura del diálogo como alternativa de escritura; pero no es menos cierto que no harán de ella la respuesta a un modelo establecido y tampoco habrán de incluir, como personajes, interlocutores muertos cuyo recuerdo pretende revivirse gracias a la mediación de una razón vital. Al contrario, en muchos de los diálogos que se escriben y publican es común la inclusión de personajes ficticios, creados como representación dramática de ideales arquetípicos o de conceptos genéricos pasados por el tamiz retórico de la personificación. Y esto se hará extensivo hasta bien entrado el siglo en el cual hoy nos movemos.

Así mismo, el diálogo moderno (que otros pretenden reconsiderar como *conversación*, en sentido latino⁸), sin obviar forzosamente una articulación compositiva apuntalada en las bifurcaciones a las que conduce la lógica binaria, y sin concitar necesariamente la presencia de un hábil *conductor* experto en el arte de la provocación, se erige sobre la base de una deriva conversacional que desborda el canon de las dicotomías y suscita el emplazamiento de participantes liberados de la responsabilidad de orientar, en nombre de un saber ordenado y ordenador, los argumentos puestos a circular en la de-



riva misma, so pena de recibir por parte de un sujeto omnicomprendido el puntillazo de una admonición cínica, irónica o sarcástica.

Finalmente, el diálogo moderno, verificado siempre en un presente inmediato de duración distendida o agostada, reclama la presencia física de los sujetos participantes y no su evocación fantasmática o los recuerdos evocados de una biografía que luego se enmarcaría en el simulacro artificial de un relato. Tal vez el único elemento común que conserva en relación con el diálogo socrático es este descrito en su momento por Hegel:

“a menudo se me han presentado violentos adversarios de tal tipo (nada tranquilos ni pacientes), incapaces de reflexionar simplemente que sus observaciones y objeciones contenían categorías, o sea supuestos, que por sí mismos necesitan ser sometidos a la crítica, antes de ser empleados”.⁹

Ahora detengámonos un poco en el segundo asunto que amerita ser acotado. Tiene que ver con una revisión crítica del *etymon* de la palabra diálogo. Sabe-

mos que la misma es de procedencia griega y que los griegos de la antigüedad, aun sin contar con una lengua nacional (sino con una variedad de realizaciones dialectales), buscaron la manera de eliminar, tanto en el registro oral como escrito, aquellas diferencias de sentido que se presentaban como consecuencia del uso de un material expresivo en proceso de unificación. Que lo consiguieran o no, es asunto que desborda el marco de esta reflexión.

Lo cierto es que toda vez que hablaban o escribían, los griegos se enfrentaban con un fenómeno de *partición significativa* conocido con el nombre de *dilogía*. Dicho en breve, la *dilogía*, en tanto rasgo codificado de la antigua cultura griega, consistía en el hecho de que cualquier expresión utilizada se ramificaba en dos sentidos diferentes, a veces inconciliables. La palabra diálogo no escapó a esto.

En efecto, en la composición morfológica de dicha palabra participan dos elementos, ambos regidos por la *partición dilógica*: *dia* y *logos*. En el primer componente concurren dos orientaciones de sentido: de una lado, la orientación que significa *a través de* y, de otro, la que significa *separación*. Así, en expresio-

nes tales como *diá-fano*, *diá-gonal* o *diá-metro*, por poner sólo tres ejemplos, rige la orientación *a través de*, que a su vez implica una cierta idea de dirección transversal en las unidades de contenido implicadas. Y en expresiones tales como *diá-fragma*, *diá-lisis* y *diá-spora*, igualmente tres ilustraciones, rige la orientación *separación*, que a su vez implica una cierta idea de disyunción en los semas contenidos. Así mismo, en el componente *logos*, raíz de plural diseminación semántica, es posible leer, entre otras, dos orientaciones: de una parte, la orientación *palabra, frase* (enunciación) y, de otra, la orientación *concepto* (entendimiento)¹⁰ Cabe advertir que en la *dilogía* del primer componente los sentidos imperantes entrañan una referencia a lo continuo (*a través de*) y a lo discontinuo (*separación*), y que en la del segundo, una referencia a lo material (*palabra*) y a lo inmaterial (*entendimiento*).

Entonces, ¿qué inferencias es posible proponer a propósito de la palabra diálogo? Si juntamos los *átomos de sentido* distinguidos, en un intento por obviar cualquier simplificación engañosa, la inferencia podría ser esta: el diálogo es una instancia de razón (o inmaterial entendimiento) que, mediada por la palabra (o enunciación material), atraviesa continuamente los sujetos comprometidos en ella a partir de la disconti-

nidad existencial que los separa. Y más, en cuanto que instancia regulada por una razón subjetiva, pues en el componente *logos* (como poscomponente de *lego, logio*) es posible leer *el sujeto que diserta*, el diálogo presupone cierta competencia lógica, a condición de entender por ésta, en sentido amplio, no una huera abstracción formal de las operaciones que el entendimiento utiliza, cuanto el *ritornelo* que repiensa de modo explícito aquello que realizamos mentalmente de modo implícito. Y si dos son las razones lógicas que agencian - y se agencian - en el diálogo, las dos, por definición, están separadas. Al materializarse en una enunciación concreta, se tiende entre ellas un lazo de toque y atravesamiento que genera la sensación de unión abrasiva, propia de todo encuentro comunicativo. Una vez se suspende la actualización (realizada a través de la *pregnancia lógica* de los dos interlocutores), las enunciaciones se separan para reinstalarse en una nueva región inmaterial de entendimiento. Lo que advenga después será parte de la dimensión virtual de la dialogización, que no del diálogo.

Un símil nos permite avanzar: así como toda reunión (convocada para tratar algún asunto humano) presupone la desunión, así todo diálogo (insuflado de interacción) presupone el monólogo. Reunirse es una forma de luchar contra

Si juntamos los átomos de sentido distinguidos, en un intento por obviar cualquier simplificación engañosa, la inferencia podría ser esta: el diálogo es una instancia de razón (o inmaterial entendimiento) que, mediada por la palabra (o enunciación material), atraviesa continuamente los sujetos comprometidos en ella a partir de la discontinuidad existencial que los separa.



la autonomía del tiempo y del espacio de un sujeto individual (acaso para esperar la eclosión de componentes de subjetividad colectiva); y dialogar es una manera de forcejear contra la autonomía de un sujeto inscrito en una determinada dimensión lógica (tal vez para esperar la emergencia de otras dimensiones lógicas, imperceptibles sin el concurso de una entrega volitiva y cognitiva tendiente a consentir el desdoblamiento implicado en la figura de la heteronomía subjetiva).

MOVIMIENTO IX. Serie "Movimiento"
(1998. Terracota. 8x9x24 cm.).
Marta Elena Arango. P.



En ambos casos conviene ponderar una relación recursiva. Si, en ocasiones, la desunión es la causa que produce el efecto de la reunión, ésta, a su vez, conforme a ciertos desarrollos contingentes, puede ser la causa que genera el efecto de una nueva desunión (o el efecto contrario de una unión acordada en la que el disenso se suspende). Y si, en ocasiones, el monólogo es la causa que genera el efecto del diálogo, éste, a su vez, de conformidad con ciertos flujos de interacción aleatorios, puede ser la causa que produce el efecto del monólogo (que no es más que el efecto de un *logos* que da vueltas sobre sí mismo, a semejanza de un objeto atraído por la fuerza concentracionaria de un torbellino).

En ambos casos, además, hay un componente común: el de la *unión*, en el primero, y el de *logos*, en el segundo. En relación con aquél, se vislumbran dos movimientos antitéticos, uno de convergencia (marcado por el prefijo *re*) y otro de divergencia (marcado por el prefijo *des*). Entonces, se diría que reunirse significa confirmar la unión, es decir, establecer comunión o comunicación, y que desunirse significa lo contrario, es decir, romper lo común en que se basa la unión comunicativa. Sin duda, así sería, si hacemos abstracción de algunos entrecruzamientos transversales. Por ejemplo, dos sujetos pueden estar

desunidos físicamente, pero atados mentalmente; y al revés, pueden estar abridos por el espacio físico de una reunión, pero desunidos en el campo mental que horadan.

Y en relación con el *logos*, se barruntan, parecidamente, dos empujes opuestos, uno de acercamiento (indicado por la partícula *dia*, en su valor de intersección) y otro de alejamiento (señalado por la partícula *mono*, en su valor de unitario ensimismamiento). Se diría, a la sazón, que dialogar significa cruzar lógicas, esto es, producir una enunciación multicomponential, y que monologar equivale a lo contrario, es decir, mantenerse en lo diferente en que se funda la incomunicación. Sin duda, así sería si, como en el primer caso, también ignoramos algunas contradanzas transversales. Por ejemplo, dos sujetos pueden creerse en situación dialógica, cuando en realidad cada uno de ellos no hace otra cosa que yuxtaponer su propio monólogo; y al revés, pueden creerse en estado de insularidad monológica, cuando en rigor no hacen más que enhebrar los hilos de una costura dialógica.

Con todo, en lo que acabamos de anotar, una idea todavía gravita sin mayor desarrollo; justamente la idea lacaniana de que "el diálogo no es más que la yuxtaposición de dos monólogos"¹¹.

Sopesada en su propio carácter formulario, ella le apuesta, si así se puede decir, a dos destinos: al destino de la seducción y al de la vacilación.

La seducción que experimenta quien la lee o quien la escucha no deriva sólo de su formulación comprimida (cosa habitual en aquellas enunciaciones sintéticas que escamotean el análisis); deriva, sobre todo, del conjunto de alusiones que encubre y en el cual se apoya para producir su eficacia sentenciosa.

Cuando menos son tres las alusiones convocadas.

Una primera, relacionada con el carácter subjetivo del diálogo. Conforme a ella, son los sujetos, en cuanto que inscritos en una base molar lógica de naturaleza independiente, los que, sin poder llegar nunca a tomar el lugar del otro, apenas si pueden comunicar informaciones objetivas, en un soporte espacial imaginario que no alcanza a rebasar los límites de una situación individual específica. Allí donde las lógicas se tornen moleculares y, por tanto, donde las parcelas de información comunicadas sobrepujan el cerco de un territorio subjetivo concreto, resulta impropio hablar de yuxtaposición y muy pertinente hablar de transformación¹².

Una segunda, atinente al carácter lineal del diálogo. En atención a ella (y no sin



hacer eco a uno de los principios que conforman la teoría lingüística saussureana), el diálogo, en tanto vehiculado por una sustancia enunciativa, participa de la naturaleza acústica de la que también participan los signos, es decir, sus unidades constituyentes. Como entidades discretas que son, los signos se perciben en la coordenada del tiempo, no en la del espacio. Y como quiera que lo que está ubicado en el tiempo no puede menos de disponerse sobre una línea de extensión irreversible (mensurable en términos de longitud), los signos - y el diálogo acuñado por ellos - quedan sometidos, en razón de su estructura funcional, a una determinación de secuencias cronológicas, y no a una determinación de superposiciones lógicas.

Y una tercera, asociada al carácter material del diálogo. De conformidad con ella, el diálogo adjunta - pero sin cruzar o atravesar - dos lógicas unitarias. Y cada una de ellas puede manifestarse al hilo de tres operaciones de producción discursiva, combinadas o separadas: la coordinación, la subordinación y la yuxtaposición. De manera que no hay que confundir un operador de definición (el

diálogo como una secuencia de monólogos yuxtapuestos) con una operación de producción discursiva (la yuxtaposición como tal). El operador sirve para sancionar la figura imaginaria que vendría a la práctica del diálogo en caso de quererla concretar en una representación material, y la operación sirve para especificar una de las tres modalidades estilísticas que tomaría la palabra en acción.

(...)una idea todavía gravita sin mayor desarrollo; justamente la idea lacaniana de que "el diálogo no es más que la yuxtaposición de dos monólogos"

Sopesada en su propio carácter formulario, ella le apuesta, si así se puede decir, a dos destinos: al destino de la seducción y al de la vacilación.

La seducción con que cautiva de entrada la idea que Lacan se hace del diálogo, y cuya formulación emplea un recurso de concentración alusiva, no debe impedirnos

recelar de algunas insuficiencias, ligadas menos al significado polisémico que el enunciado permite actualizar que a los universos de referencia que el mismo deja sin tocar.

Por eso insinuamos que el segundo destino que le aguarda es el de la vacilación. En efecto, tal como es acuñada, la fórmula entraña una concepción de diálogo que, si no adelanta por completo el sentido de lo *corporal*, sí promueve el sentido de lo *material* (pues del orden de lo material serían los sujetos participantes, la temporalidad lineal y la repre-

sentación definitiva que concurren en las alusiones encubiertas, arriba develadas). El problema reside, pues, en el hecho de que esta concepción reduce el diálogo a una axiomática exclusivamente lingüística, a una economía de la lengua apuntalada en la unidad soberana del significante. En virtud de dicha economía, toda interacción dialógica se actualiza en obediencia a una especie de triángulo, cuya base está constituida por los monólogos de los dos interlocutores y cuyo vértice está coronado por la lógica hegemónica de la Expresión (con mayúscula). El vértice, en tanto límite regulador de la significación, cumple, en consecuencia, dos funciones: de un lado, sirve para cortar - en términos imaginarios - el punto de contacto entre los dos monólogos (lo cual justifica por lo demás la imagen de la yuxtaposición); y, de otro, se erige a sí mismo como postulado de trascendencia al cual deben aspirar quienes dialogan, más allá de cualquier actualización contingente.

Con otras palabras: contraer los conjuntos discursivos a una lógica del significante equivale a hablar, en desmedro de otras posibilidades, en nombre de una semiótica básicamente verbal. Y ocurre que, a contrapelo de esa semiótica, el diálogo, sin excluirla, convoca, de modo paralelo, otras semióticas (no materiales sino inmateriales o, más bien, incorpales). Tres rasgos, entre otros,

las caracterizan: a) requieren el concurso de sujetos polifónicos, es decir, con aversión por las definiciones de subjetividad que reducen las alternativas de dispersión ontológica y, con afecto, en cambio, por los devenires existenciales



GRAFÍA III. Serie "Grafía"
(1998. Terracota. 11 x 11 x 19 cm.).
Marta Elena Arango. P.

que catalizan lógicas paraconsistentes; b) precisan de movimientos de desacomodo que escapan a las delimitaciones temporo-espaciales estrictas; con ellos, estas coordenadas fijas cesan de ser exteriores y se transforman en módulos



intensivos de temporalización y espacialización; y c) claman por la incorporación de ordenamientos colectivos de enunciación en los que, más que la fijeza lineal y material de los conjuntos discursivos operantes, concurre, bajo la figura de flujos intermitentes, una multiplicidad de voces intervinientes, idónea para agenciar, en la implosión que a ella le asiste, una resingularización mutante de la subjetivación que anima el complejo fenómeno del diálogo humano.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1 BLOCH, Marc. *Introducción a la historia*. México: F.C.E., 1996. p. 28 Y más todavía: "cuando se habla de los orígenes ¿debemos entender, por el contrario, las causas? En ese caso no habrá más dificultades de las que constantemente... son, por naturaleza, inherentes a las investigaciones causales" (idem).
- 2 FOUCAULT, Michael. "Nietzsche, la genealogía, la historia". En: *Microfísica del poder*. Madrid: la piqueta, 1991. p. 10. Si no fuera porque algunos estarían tentados de decir que incurrimos en un embarazoso juego de palabras, afirmaríamos que la metalogía puede llegar a ser uno de los modos en que la genealogía se actualiza. No en vano ésta, como aquélla, "no se opone a la historia, sino al despliegue metahistórico, a las significaciones ideales y a los indefinidos teleológicos; se opone a la búsqueda del origen" (p.8).
- 3 BAJTÍN, Mijail. "El género, el argumento y la estructura en las obras de Dostoievski". En: *Problemas de la poética de Dostoievski*. Bogotá: F.C.E., 1993. p. 154 y 55. Allí se encontrará la conceptualización de otros rasgos del género y su evolución en el contexto mayor de los géneros "cómico-serios".
- 4 Repárase en el siguiente trozo expositivo: "Los dialécticos... llevan a cabo dos itinerarios solidarios entre sí: por una parte, un movimiento de reunión, de ascenso hacia un término incondicional...; por otra parte, un movimiento de descenso, una división de la unidad según sus articulaciones naturales, según sus especies, hasta llegar a la especie indivisible. Este 'descenso' se realiza como en una escalera: en cada etapa, en cada escalón se sitúan dos términos; hay que elegir el uno o el otro para reiniciar el descenso y acceder a un nuevo binario, desde el que se partirá nuevamente..." BARTHES, Roland. "La retórica antigua". En: *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós Comunicación, 1990. p. 92 y 55.
- 5 BAJTÍN, M. Op. Cit. , p. 156.
- 6 Si bien lo afirmado por V.L. CARRILLO (en: *Platón, Hermógenes y el lenguaje*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959. p. 55-58), y citado por BERNAL LEON GOMEZ, Jaime (en: *Tres momentos estelares en Lingüística*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Series Minor, XXV, 1984. p. 23), aparece referido sólo al *Cratilo*, acaso pueda ser extendido, *mutatis mutandis*, a buena parte de los diálogos platónicos.
- 7 En otro contexto, pero con similar sentido, DUMÉZIL se da a la tarea de interpretar las últimas palabras de Sócrates: "Oh, Critón, debemos un gallo a Asclepios, ¡paga la deuda y no olvides!". Y apoyando su reflexión en principio en la filología y después en el contexto mayor de la obra platónica, termina por reconocer que, hasta el último momento, Sócrates no dejó de impugnar los prejuicios que acarreaban los prejuicios de la opinión colectiva, y que eran menester ofuscar para hacer emerger lo virtuoso de lo justo por encima de lo vicioso de lo injusto. DUMEZIL, Georges. *Nostradamus, Sócrates*. México: F.C.E., 1989. p. 157.
- 8 "Conversar viene de la unión de dos raíces latinas, *cum* que quiere decir 'con' y *versare* que quiere decir 'dar vueltas', de modo que conversar... significa 'dar vueltas con otro'..." MATURANA, Humberto. "Ontología del conversar". En: *La realidad: ¿objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos de la realidad*. Barcelona: Anthropos, 1997. p. 19.
- 9 HEGEL, G.W.F. *Ciencia de la Lógica*. Buenos Aires: Solar, 1974. p. 39.
- 10 RESTREPO, Felix. *La Cultura popular griega a través de la lengua castellana y otros estudios semánticos*. Selección de Horacio Bejarano Díaz. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1979. p. 138.
- 11 ROUDINESCO, Élisabeth. *Jacques Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Barcelona: Anagrama, 1995. p. 491.
- 12 "El diálogo... no impone la opinión de uno a la del otro a modo de suma. El diálogo transforma una y otra. Un diálogo logrado hace que ya no se pueda recaer en el discurso que lo puso en marcha. La coincidencia no es ya mi opinión ni la tuya, sino una interpretación común del mundo que posibilita la solidaridad moral y social". GADAMER, H-G. "Lenguaje y comprensión" En: *Verdad y Método II*. Salamanca: Sígueme, 1994. p. 185.

NOTAS SOBRE EL AUTOR

Profesor titular de la Universidad EAFIT en el Área de Humanidades. Ha publicado varios artículos y libros.

